



VALENZUELA MATUS, Carolina: *Grecia y Roma en el Nuevo Mundo. La recepción de la antigüedad clásica en cronistas y evangelizadores del siglo XVI americano*. Rubí (Barcelona), Ediciones Rubeo, 2016, 293 págs. ISBN:978-84-945140-9-8.

Paloma Martín-Esperanza
Universidad Autónoma de Madrid

Desde que en 1966 el célebre profesor José Antonio Maravall realizara una destacada reflexión sobre el alcance de los clásicos en la conquista americana en su ensayo *Antiguos y Modernos*, el interés por la recepción clásica en el Nuevo Mundo no ha dejado de crecer. En este sentido, la publicación del libro de Carolina Valenzuela Matus, fruto de una magnífica tesis doctoral, supone un avance definitivo en las relaciones entre los clásicos y el continente americano, un tema que, además, sigue de plena actualidad, como prueban los trabajos de Jorge Cañizares Esguerra (2016), quien, en una determinante defensa del tema, afirma sin tapujos que es más fácil rastrear el legado clásico en Quito que en Londres. Más allá de esta idea, lo cierto es que el libro que presentamos contribuye a desterrar, definitivamente, la hipótesis de que el Renacimiento llegó a España de una manera mitigada y tardía, ya que, contrariamente, hoy sabemos que desde finales del siglo XV los clásicos tuvieron un papel determinante en la Corte castellana y aragonesa, lo que explica que aquellos que se aventuraron a la conquista del Nuevo Mundo lo hicieran bajo el amparo de Heródoto, Aristóteles o Cicerón.

Afrontar la recepción clásica en América exigía acotar el objeto de estudio. La investigación de Valenzuela Matus, guiada y avalada por Gloria Mora, miembro de

IULCE-UAM y académica de reconocido prestigio en el ámbito de la historiografía, el coleccionismo arqueológico y la recepción clásica, se adentra en la cuestión a partir del estudio de los cronistas y los evangelizadores como transmisores de la cultura clásica en el Nuevo Mundo, como hicieran previamente John H. Elliot (1972) o, más recientemente, Sabine Mac Cormack (2001).

Con claridad expositiva, Valenzuela Matus, quien es además autora de varios trabajos relacionados con la recepción clásica en América, desgana sus hipótesis para concluir afirmando que los conquistadores y evangelizadores encontraron en los clásicos las referencias adecuadas para describir y afrontar la nueva realidad que descubrieron en el continente americano. Precisamente esta idea subyace a lo largo de toda la narración, situando a los clásicos como marco referencial y ayuda para estos hombres, a pesar de que Anthony Grafton ya advirtió en su trabajo *New World, Ancient Texts. The power of Tradition and the shock of Discovery* (1992) que hacia el siglo XVII los clásicos habían perdido gran parte de su autoridad. En este sentido, la autora nos recuerda que la intencionalidad de estudiar y utilizar los clásicos para los hombres del siglo XVI yacía, en primer lugar, en las herramientas que pudieran proporcionar a los viajeros que se enfrentaran a nuevos periplos, como en su día hicieran Ulises o Eneas. Así, los clásicos no serían un obstáculo –como señalara Grafton–, sino una contribución eficaz en el proceso de conquista y evangelización.

El libro se estructura en tres partes, bien definidas, precedidas por una interesante introducción donde se expone la aparente contradicción que puede suponer a un estudiante del cono Sur, históricamente aislado de la órbita de influencia de Grecia y Roma, la lectura de los clásicos como parte de la tradición cultural iberoamericana. En este sentido, Fermín del Pino Díaz (1991) ya recordaba cómo lo clásico había asentado el paradigma cultural del Nuevo Mundo, donde el humanismo, defendido y propagado por los jesuitas, entre otros, tuvo sin duda un papel central. Así, además de la creación literaria renacentista dentro del marco americano, con figuras relevantes como Alonso de Ercilla, los clásicos incentivaron en América el conocimiento etnográfico, etnológico y geográfico. También sirvieron como elemento legitimador para aceptar la preponderancia de algunas ciudades americanas, como México o Lima, que en ocasiones serán acompañadas del apelativo «la nueva Roma» o «la nueva Atenas», remarcando su importancia política y cultural en un nuevo contexto geográfico alejado del Mediterráneo. Por supuesto, las crónicas escritas en América revestirán, como recuerda la autora, un carácter épico que tiene como precedente a Homero.

En el primer capítulo, «Las pervivencias del mundo clásico en el proceso de conquista y evangelización en América» (p. 15), la autora se adentra en la mirada que los europeos dirigieron a América en los primeros años de colonización a partir de aspectos geográficos, deteniéndose en la toponimia, los mitos o las teorías de poblamiento utilizadas para hacer frente a la nueva realidad. Así, los conquistadores proyectaron en América una imagen inspirada en la lectura de los clásicos, en Estrabón y Ptolomeo, principalmente, pero también en Heródoto, cuya actitud frente a las áreas

no explorada sirvió de guía a los españoles. Baste recordar cómo el propio Colón, al mantener la creencia de que se encontraba en las Indias, comienza a manejar una serie de supuestos sobre lugares mencionados por los clásicos, como la isla Taprobana, una tierra de Oriente citada por Plinio (*Historia Natural*, 6, 81 y ss.). De gran interés es el recordatorio que nos hace la autora al señalar la tendencia de los europeos a buscar en las especies americanas los seres mitológicos descritos por los autores clásicos: los grifos, las Amazonas, la Hidra, etc. Tampoco olvida la autora las teorías del poblamiento americano que, desde la perspectiva de la antigüedad, surgieron a lo largo de los siglos XVI y XVII y exploran todo tipo de teorías: desde un supuesto poblamiento romano o una emigración cartaginesa, hasta la herencia de las tribus perdidas de Israel. Resulta especialmente útil cómo, a lo largo la narración, la autora proporciona al lector todo tipo de referencias y textos para ejemplificar sus argumentos, siendo esta abrumadora recopilación de fuentes una de las principales aportaciones de la obra.

El segundo capítulo se adentra, como reza el título, en el legado clásico en los cronistas y conquistadores, quienes encontraron en Julio César una inagotable fuente de inspiración. La autora despliega las visiones particulares de los más relevantes, como Gonzalo Fernández de Oviedo, quien había leído la *Historia Natural* de Plinio en la biblioteca napolitana del Castell dell'Ovo, Francisco López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, el Inca Garcilaso de la Vega, Alonso de Ercilla o Alonso de Góngora. Todos ellos, a partir de abundantes tópicos clásicos, comparten la intención de legitimar a España en el proceso de conquista, alabando su antigüedad —«más antigua que los romanos», como recordaba Fernández de Oviedo—, así como su preponderancia política y militar —«nunca griego ni romano ni de otra nación, desde que hay reyes, hizo cosa igual que Hernán Cortés», decía López de Gómara—. Del mismo modo, Díaz del Castillo pone en boca de Cortés adornos extraídos de la historia de Roma, mostrando a César como espejo en el que los conquistadores debían mirarse. Esta idea, perfectamente argumentada por la autora, no deja de sorprender al lector.

Con el título de «El legado clásico a través de los evangelizadores», el tercer y último capítulo, el más extenso del libro, continúa el patrón del anterior, focalizándose en cuatro autores cuya talla intelectual es de sobra conocida entre los estudiosos del periodo: Bartolomé de las Casas, fray Bernardino de Sahagún, fray Jerónimo de Mendieta y José de Acosta. Desde que, en 1493, por orden de la reina Isabel I de Castilla, una comisión de franciscanos encabezada por fray Bernardo Boil acompañara a Colón en su segundo viaje, la conquista de América estuvo vinculada a la evangelización. No obstante, la labor que desempeñaron estos religiosos, principalmente franciscanos y, más adelante, jesuitas, en el Nuevo Mundo irá más allá de la misión para la que fueron encomendados —la conversión de los indígenas al catolicismo—, convirtiéndose en cronistas y educadores, formando parte, desde el siglo XVI, de la intelectualidad de América. Para el desempeño de estas labores se valieron del estudio de los clásicos, especialmente de Aristóteles, Cicerón, Flavio Josefo o Diodoro Sículo, cuyas ideas aparecen explícitamente en los escritos de estos autores. La autora describe magistralmente cómo, por ejemplo, Las Casas utilizó argumentos

de los antiguos para defender su postura en la disputa moral generada con la conquista y que tuvo en la llamada controversia de Valladolid (1550-1551) su principal exponente. Lo mismo sucede en Acosta, en cuya obra *Historia Natural y Moral de las Indias* aparecen constantes referencias a la obra de Plinio, lo que permitió al autor el apelativo de «Plinio del Nuevo Mundo». Estos ejemplos son especialmente luminosos para entender hasta qué punto los clásicos sirvieron a estos hombres en la tarea de escrutar, entender y transmitir la nueva experiencia proporcionada por América, al tiempo que se hacía indispensable una reflexión moral sobre las actuaciones que debían guiar a los conquistadores, como prueban los textos de Las Casas.

Nos hallamos por tanto ante un trabajo reflexivo y bien escrito, especialmente atento a las fuentes clásicas y a las crónicas del siglo XVI, que alumbra a la perfección la hipótesis defendida por la autora desde el inicio del texto: el traspaso a América, por parte de cronistas y evangelizadores, del humanismo renacentista cultivado en Castilla y Aragón en época de los Reyes Católicos. En este sentido, la obra ofrece una aportación muy sólida al conocimiento del ambiente intelectual de los primeros años de la presencia española en el Nuevo Mundo, donde, sin lugar a duda, los clásicos ocuparon un lugar preponderante. Por ello puede decirse que este libro no es un estudio más sobre un aspecto particular de la conquista de América, sino que supone una enérgica defensa de los estudios clásicos en el mundo americano como pieza clave de la vida occidental.